

## Hispanismo y globalización<sup>1</sup>

Dinko Cvitanovic  
Universidad Nacional del Sur

Uno de los retos más ciertos que afronta la cultura en este fin de milenio es la globalización. La rápida, masiva y un tanto desordenada difusión que ha tenido este término en los últimos tiempos le asigna un lugar de privilegio en varios ámbitos, en especial el político y el económico, con el inevitable trasfondo de su presencia en los medios de comunicación. En un sentido amplio, podríamos decir que ya vivimos en los umbrales o acaso bajo las asechanzas de una cultura globalizada, expresión que, por cierto, no resulta fácil de esclarecer.

En un artículo muy reciente y con el fin de acercar alguna precisión a un tema tan amplio y difuso, señalamos que la globalización puede entenderse a través de dos significados elementales: en primer lugar, como “consideración en conjunto”, con su presumible sucedáneo de “estimación” o proyección planetaria; en segundo lugar, también puede referirse a una suerte de “amontonamiento” o “aglomeración”\*. En virtud de esta simplificación, quizás demasiado esquelética, pero necesaria para comenzar a entendernos, parecería obvio que la primera de estas acepciones es la que se tiene en cuenta –de manera generalmente implícita– en las ya incontables proclamas “globalizadoras” que se escuchan y se leen aquí y allá. Lo que quizás no resulte tan obvio es que el peligro del amontonamiento, de la consiguiente dispersión e indefinición que éste supone, puede poner en riesgo las mismas entrañas del hacer y saber humanos, ya se trate de la rica diversidad de las numerosas culturas nacionales que pueblan el globo, ya se

trate de vigorosas conformaciones culturales plurinacionales –como, por ejemplo, la hispano-americana–, ya se trate, en fin, de la cultura en sí misma.

Frente a un panorama de esta naturaleza, se me ocurre que el reto del hispanismo en estos últimos respiros del siglo XX es doble: por una parte, asegurar su propia subsistencia en el marco de la cultura del próximo siglo y, por otra, vinculada a la anterior de manera directa, generar instancias de creación, de bien y de belleza. Repito: creación, bien y belleza, categorías que parecieran alejarse cada día más de la actividad académica profesional.

En este punto, quizás convenga detenernos un poco en el concepto mismo de hispanismo. Más allá de que resulta muy difícil innovar cuando se trata, como en este caso, de conceptos tan llevados y traídos, consideramos que vale la pena correr el riesgo, toda vez que una revisión, por modesta que sea, es inevitable para intentar un milímetro de progreso.

Un milímetro de progreso se advierte, por ejemplo, en las definiciones o caracterizaciones del término hispanismo, asentadas en el Diccionario de la RAE. Mientras hasta no hace mucho aparecía definido como la “afición al estudio de lengua y literatura españolas y de las cosas de España” (1970), en una edición más reciente (1984) está consignado como la “afición al estudio de lenguas, literaturas o culturas hispánicas”. La diferencia que se advierte es pequeña, pero no desdeñable: se ha suplantado el término español por el de hispánico y, en lugar de referirse a una literatura (la española), se pluraliza, en alusión más o menos obvia, al contexto de la antigua Hispania, término este último que concierne probablemente a los “pueblos que formaron parte de ella y a los que nacieron de estos pueblos en época posterior”. No sabemos si esta referencia concierne, y de algún modo paga tributo, a las actuales comunidades autónomas de la Península o si también involucra al ámbito hispanoamericano. Si ello fuera así, forzando un poco o parafraseando el término, los aquí presentes podríamos considerarnos “hispanistas”... En fin, tampoco se espera que un diccionario, por prestigioso que sea, ofrezca una gama de significados que pueda satisfacer, por ejemplo, a importantes núcleos de estudiosos o simplemente a los numerosos devotos del haber espiritual e intelectual del mundo hispánico en nuestro continente.

En todo caso, pequeñas ironías y medias verdades aparte, la vastedad del hispanismo no puede reducirse a una delimitación extremadamente especializada ni tampoco esfumarse en una rápida generalización. Y aquí no estamos hablando ya de diccionarios sino de vivencias profundas del hispanismo que nacen de una conciencia activa, recreadora de su larga historia. En este sentido, permítaseme referirme a algunos de los elementos que configuran mi perspectiva del hispanismo. Posiblemente, ninguno de ellos sea novedoso para la gran mayoría de los aquí presentes. En este caso, sólo pediría que se tome lo que sigue con simple beneficio de inventario en la inquietante perspectiva de un tercer milenio.

Si se considerara a la literatura española desde sus “orígenes” en la Edad Media, el hispanismo comenzaría en los antiguos cantares de gesta, se detendría con especial cuidado en el siempre actual y necesario “tollemos la corteza, al meollo entre-mos” y podría continuar raudamente en el “feo libro (donde) está saber non feo”, del inolvidable Arcipreste. Estaríamos así, como suelen estarlo los estudiantes de literatura española, en el camino de una cierta comprensión de determinadas rutas del hispanismo. Sin embargo, un genuino acercamiento a la cultura hispánica debería comenzar, por ejemplo, con Virgilio, con Cicerón y, naturalmente, con Séneca. Entonces, cabría descubrir trabajosamente que las misteriosas rutas de Virgilio no conducen solamente al Hades, sino también a Garcilaso, a Fray Luis, a Cervantes. El mundo clásico latino –y, por tanto, griego– es la primera gran ventana a la cultura hispánica, a la que se añaden otras, con sus pequeños y grandes descubrimientos. Por ejemplo, los mulsumanes, que estuvieron ocho siglos generando sus formas peculiares de cultura hispánica, y los judíos conversos –o los no conversos– que también forman parte de ella. A través de estas nuevas lecturas, hallamos a un Arcipreste que ya no es el mismo; y la Celestina se revela diferente a nuestras primeras apreciaciones: a pesar de ser raigalmente española, se remonta a la comedia romana, tal y como en su momento lo estudió magistralmente nuestra María Rosa Lida.

El Renacimiento, la época de las grandes influencias e interdependencias culturales, ostenta en el ámbito peninsular ciertas propiedades que no se hallan entre los italianos, ni entre los franceses ni entre los ingleses. No se trata de propiedades de forma, de estilo, de técnica literarias, sino de algo más profundo, más decisivo. No se trata ya de la metáfora, de la elipsis, del endecasílabo o de la postura del narrador, o, en general, de aspectos de preceptiva: ya todos sabemos que la teoría literaria se la debemos, hispanos y no hispanos, a la preceptiva latina y a sus fundamentos griegos. Se trata de que la cultura hispánica se ocupa del bien y del mal, no como nociones abstractas, sino como realidad encarnada en unos seres muy concretos que somos nosotros mismos, puesto que la cultura no reside solamente en los libros sino también, y de manera decisiva, en sus sedientos lectores.

No pretendemos redundar aquí sobre la importancia del Siglo de Oro dentro de la literatura occidental, ni corresponde tampoco detenernos en la señoría de la poesía de Herrera, en las cimas poéticas de la mística carmelita, en el genio y maestría de Cervantes, en la infinita lengua de Quevedo, en las eternas vivencias y arquitectura del teatro calderoniano. Sus aportaciones estéticas se manifiestan en el marco de una ética, personal y trascendente, siempre tensa y profundamente humanística, antes y después de la Contrarreforma.

Sólo quisiéramos recordar aquí a Luis Vives, uno de los testimonios más preclaros del espíritu humanista español. Hombre de origen judaico y de ideas erasmistas, despliega su tarea docente y discente a favor de dos ideas centrales: la tolerancia religiosa y la armonía internacional. Vives revoluciona el sistema pedagógico, con-

cibiéndolo como un proceso integral para el perfeccionamiento intelectual, moral y físico del individuo, cuyo objeto final es, sencillamente, alcanzar la felicidad... Frente a la escolástica medieval, que a la sazón ya parecía estéril para adquirir nuevos conocimientos. Vives es el primer pensador europeo, anterior a Bacon y a Descartes, que expone los requisitos necesarios para llegar al conocimiento de la realidad por medio de observaciones experimentales controladas por la razón.

Esta rápida evocación de Vives, verdadero precursor de la psicología y de la pedagogía modernas, tiene aquí por objeto inscribir nuestra apretada visión del hispanismo en el marco de un contexto dinámico y plural, signado no sólo por las grandes voces de la literatura sino también por la búsqueda de nuevos fundamentos del saber y sobre todo de la comunicación entre los seres humanos.

También fuera del marco estrictamente literario, el "hispanismo" de esta época tiende, como en la novela, al descubrimiento de la realidad en otros planos como, por ejemplo, en la pintura. El principal objeto de observación es la persona humana, ya se trate de un rey o de un mendigo, percibidos en su verdad esencial, por medio de un juego de luz y sombra que da la ilusión de un espacio por el que se puede andar, como acontece en *Las Meninas* de Velázquez. Junto a él, es casi inevitable recordar la exaltación religiosa, el sombrío ascetismo y la preocupación por lo sobrenatural que se destaca en las figuras alargadas y gestos extáticos perfilados en otra gran obra maestra de la época, *El Entierro del Conde de Orgaz*, nacido de una visión humana y divina de la vida, muy española por cierto, plasmada en este caso por El Greco.

En otro plano y en otro siglo, el XVIII, época a la que durante mucho tiempo se consideró prácticamente carente de cultura hispánica, sobresale con su poderoso señorío intelectual la figura de Benito Jerónimo Feijóo, en cuya obra conviven armoniosamente la razón, la intuición, la revelación y la estética. El implacable benedictino pone el dedo en la llaga de la intolerancia y de la necesidad, de la superstición y del chauvinismo. Su propósito revisionista y crítico de la tradición cultural española, sin desmentir sus propias raíces, aborda las cuestiones más variadas con un celo por la verdad y, cuando corresponde, por la ciencia, que le otorga una estatura intelectual única en su tiempo, la cual, por cierto, enriquece aún hoy al hispanismo. Quiero decir, un hispanismo auténticamente moderno, de fronteras generosas –permítaseme decir aquí "globales"– pero inteligentemente delimitadas.

Cabría mencionar aquí muchas otras voces críticas, intensas y esclarecedoras, de un hispanismo no conformista, siempre latente, que vuelve a su pasado para escarbar en los dolores más profundos y agudos, y extraer de ellos una enseñanza válida para el presente y para el futuro. Agreguemos, por citar unos pocos ejemplos tomados al azar: el tormento creador de Larra, la paradoja hecha carne de Unamuno, la llama lírica y dramática de Lorca, el discurso itinerante de Ortega, o incluso el de Julián Marías.

Sin embargo, siendo importantes las menciones que acabamos de efectuar (más allá de la inevitable precariedad de esta síntesis), el hispanismo en su dimensión actual, viva y nuestra, sólo adquiere genuina consistencia con la incorporación de América. Para nosotros, ya no hay hispanismo válido sin el Inca Garcilaso, sin Sor Juana, sin Lizardi. Y tampoco lo hay sin Sarmiento, sin la gauchesca, sin la novela de la Revolución Mexicana, sin Borges, sin Carpentier, sin García Márquez y tantos otros que no incluimos por no hacer aún más desperejo y engorroso este catálogo.

¿Y qué es América en el hispanismo? América es la incorporación a la lengua común de muchas otras “lenguas”, como, por ejemplo, “el idioma de los argentinos”; América es el espacio ilimitado, sostenido por la columna vertebral de la cordillera andina, batido por dos océanos que prolongan sus dimensiones hacia el infinito. Pero América es, sobre todo –desde luego, en su veta hispánica–, el continente del mestizaje, no de un solo mestizaje, sino de todos los mestizajes posibles.

En un plano cultural y artístico, esta suma de mestizajes del espíritu hispánico confluye en el barroco, canal que atraviesa la distancia entre los numerosos miembros de la comunidad hispanohablante y constituye a la vez un canal que supera el tiempo. Dicho de otra manera, desde las letras a veces inseguras de nuestros primeros cronistas hasta la brillante policromía de algunos escritores hispanoamericanos del presente siglo, desde la orgía ornamental de la iglesia de La Valenciana en Guanajuato hasta la mezcla de ecos románicos y dinamismo barroco que se advierte en la propia catedral de esta Córdoba, el élan de orfebrería y tensión ocupa un lugar preponderante y decisivo en el hispanismo. En el barroco confluyen precisamente la América receptora de la cultura peninsular con la América indígena.

Si trasladamos por un momento esta reflexión al plano literario del siglo XX, advertiremos que nuestro continente aporta dos de las figuras mayores de las letras actuales. Las novelas, los cuentos y los ensayos de Alejo Carpentier constituyen un vehemente y continuado testimonio de actividad y fe barrocas. Desde la imagen de la vida como representación teatral que aparece en *Los pasos perdidos* hasta la compleja urdimbre de un cuento como “El acoso”, desde la trabajada ornamentación de *Concierto barroco* hasta el fárrago lingüístico de *El recurso del método*, la prosa de Carpentier destila un barroquismo antillano y a la vez universal, que se nutre por igual del muy francés Siglo de las Luces y de la savia de los antiguos romeros en el Camino de Santiago. Se trata, en este caso, de un barroquismo pletórico, de agotadora densidad semántica, corroborado, además, por la propia profesión de fe del escritor, quien llega a afirmar rotundamente que “el verdadero estilo del escritor latinoamericano es el barroco”.

En el rincón sureño de la geografía continental, se desarrolla la paradigmática literatura borgesiana, la cual, más allá de la vocación por los poetas metafísicos ingleses o por los antiguos pensadores presocráticos, refleja un vigoroso neoconceptismo, argentino y universal hispánico, en el que reaparece con su nota-

ble potencia germinal la labor creadora de la impar obra de Quevedo, uno de los escosos escritores españoles que Borges admiró profundamente.

No se trata de corroborar aquí el excesivo aserto de Carpentier. Por cierto, creemos que en nuestros escritores hay más de un “estilo verdadero” y genuino, que incluye a románticos, realistas, existencialistas. Pero en lo que sí podemos concordar es en que el barroquismo, en una forma u otra, constituye una de las constantes de nuestra cultura. Ésta ha sumado, a veces sin proponérselo (y a veces, menester es admitirlo, caóticamente), la antigua y firme solidez del romántico, la estilizada vocación gótica hacia las alturas, la escultura policromada, el neoclasicismo y otros ismos hasta nuestro incierto presente.

En síntesis, la tradición hispánica, consolidada, madurada y revigorizada en América, se nutre indistintamente de dos vetas, a veces paralelas, pero más a menudo convergentes: la de estirpe clásica y fuerte andadura realista de marca peninsular junto al realismo dramático del barroco, arterial, tenso, que se consume sin cesar a ambos lados del Atlántico. Si, por un lado, en este vasto ámbito espiritual y lingüístico se escuchan asiduamente las voces hermanas de la razón y la realidad, por el otro, no será posible sustraerse a los cantos de las antiguas y siempre nuevas sirenas del “ornatus difficilis” y de la pasión. En cualquiera de estas dos nuevas vertientes, y sobre todo en su agitada confluencia, late una profunda inquietud ética que corre pareja con los experimentos estéticos, ya se trate de la atractiva prosa del realismo mágico, ya se trate de las torturadas figuras de Velázquez.

Si retornamos ahora por un instante al principio de la presente exposición, no será inesperado “descubrir” que este hispanismo tan generoso, tan amplio y diverso, de formidable dimensión histórico-geográfica, ostenta una actitud natural de visión de conjunto, es decir de “globalización” en un sentido que podríamos considerar deseable. Pero tampoco se nos escapa que esta diversidad del hispanismo pueda dar lugar a un fenómeno de “amontonamiento” o “aglomeración”, es decir, a una carencia de identidad que en este mundo de fin de siglo parece constituir la peor de las acechanzas para las naciones, para la cultura en su conjunto y sobre todo para la persona. A dichas acechanzas contribuye también el aliento de una posmodernidad difusa, en la que las estrategias y las técnicas mediáticas pueden llegar a sustituir a los valores, los devaneos sofisticados a la razón clara, el metatexto al texto, la lingüística a la filología y, en última instancia, la tautología discursiva puede llegar a sustituir a la pasión de la palabra genuina.

Frente a este reto, dijimos al comienzo, el hispanismo habrá de generar instancias de creación, de bien y de belleza.

En cuanto al acto creador, el más valioso de nuestra creación humana, el mismo habrá de alimentarse una vez más de los múltiples sustratos de nuestra cultura, a través de una revisión pertinaz y constante del pasado, tanto de sus miserias como de sus logros. Sin esta revisión, no hay futuro posible. Tradición y originalidad no son términos

de una opción excluyente, sino, por el contrario, las dos caras de una misma realidad. No existe originalidad sin conocimiento y discusión de la tradición, y sólo en la medida en que este conocimiento alcanza la profundidad necesaria es posible dar el pequeño paso hacia delante implícito en toda creación humana.

Esta actitud de reexaminar el pasado, sin temor a la destitución de falsos ídolos pero a la vez sin temor a la exaltación de los valores genuinos, que el hispanismo fomenta desde antiguo, constituye quizá su mayor argumento en procura de ofrecer nuevos caminos en el próximo milenio. De alguna manera, la antigua costumbre del “juicio de residencia” no concierne solamente al plano de la actividad política en la historia peninsular, sino que concierne en un plano más general a la propia esencia de un hispanismo crítico. ¿Qué otra cosa sino verdaderos juicios de residencia a la cultura anterior son los formulados por la Generación del 98? ¿Qué otra cosa son las duras críticas y diatribas lanzadas por el realismo americano contra instituciones y costumbres de nuestro continente? ¿Qué otra cosa sino juicios de residencia son los que se formulan implícitamente desde América a la lengua común, en procura de su genuino enriquecimiento? Juicios de residencia en los que se examinan los defectos del anquilosamiento y de la cristalización retórica, pero, a la vez, se destacan inquebrantables cimientos construidos por Cervantes, por Góngora, por Quevedo. Desde las voces arcaicas de la generación española del 27 hasta la esencialidad argentina cargada de rememoraciones gongorinas de nuestro Ricardo Molinari, hay un permanente reexamen del pasado común, sobre todo en el plano lingüístico que, a base de la tradición, modela un nuevo arte de expresarse a través de la palabra.

Sobre estos pilares, enunciados de manera necesariamente sumaria, en vísperas de un nuevo siglo, el hispanismo habrá de realimentar una actitud o disposición multidisciplinaria y, de ser posible, interdisciplinaria. Sin desvirtuar los requisitos esenciales de la investigación especializada y muy concreta, habrá de expandir su horizonte más allá de las fronteras de la literatura y de la lingüística –que han sido sus tradicionales focos de atención– y a tratar de abarcar generosamente otros ámbitos hermanos de estas disciplinas en el amplio mundo de las ciencias humanas, es decir, la filosofía, la historia, el arte y los demás elementos vertebrales, antiguos y modernos, del pasado y del presente, que contribuyan a la recreación inteligente de lo que el Renacimiento llamaba “Estudia Humanitaria”. Creemos, sin paradoja alguna, que un renacimiento renovado puede promover una vez más ese carácter creador que pedimos al hispanismo de esta época. No se trata aquí de pagar un supuesto tributo al imperativo globalizador, sino simplemente de darle a esta globalización un sentido humano, ético y estético, sin el cual ninguna visión de conjunto –al margen de las dudosas sirenas planetarias– tendrá sentido.

En cuanto a la literatura en sí misma, no puedo dejar de referirme una vez más a ella, para terminar estas reflexiones. En este campo, como hispanoamericanista,

entiendo que hemos vivido en el siglo de la prosa o, si se prefiere, de la narrativa de ficción. Quienes más, quienes menos –y me incluyo modestamente entre ellos–, hemos pasado estas últimas décadas asediados y casi confinados por la novela, verdadero “cajón de sastre” donde entran, bajo diversas formas, los demás géneros. Hallamos sin dificultad la presencia de poesía y drama en autores como Cortázar, Lezama Lima, Carpentier y otros grandes y pequeños novelistas de nuestra época. En nuestras Universidades, los estudios de literatura hispanoamericana se han centrado durante demasiado tiempo y con preferencia casi excluyente, en las atracciones, en la brillantes y hasta en la notable publicidad que ha merecido la prosa novelística. El realismo mágico y el denominado “boom” son sus secuelas que llegan hasta los días presentes, han ocultado o desfigurado, sin proponérselo, el rostro del verdadero “príncipe de los géneros literarios”, como llama Mario Vargas Llosa a la poesía, en un artículo muy reciente publicado en el diario La Nación, a propósito de Octavio Paz.

Es hora de volver a aprender, a enseñar y sobre todo a gustar de la poesía. El ejercicio y la pasión de la poesía, relegados a un discreto y a veces casi vergonzante segundo plano, constituyen la mejor y más genuina reserva de la literatura. Ante los peligros de la globalización, en su acepción de aglomeración o amontonamiento, de dispersión, en pocas palabras, de presunto planetarismo que conduce al anonimato y a la masificación, donde países y personas pueden verse esfumarse su identidad, la poesía reclama perentoria atención para beneficio de todos aquellos que pretenden la subsistencia del bien y de la belleza. Me refiero a la poesía interior, tanto la escrita como la no escrita pero sentida día tras día por muchos millones de almas en el fragor de la vida cotidiana. Es la poesía que restaura, con su eterno e intenso ritual, la pasión más íntima y verdadera, que es la lucha de la condición humana por expresar sus verbos esenciales. Por ello, me atrevo a decir que en el regreso a la poesía reside no sólo la fuerza creadora sino también la posibilidad de subsistencia del hispanismo como expresión de un tiempo más humanista que el presente.

## Notas

<sup>1</sup> Reedición en memoria de la conferencia pronunciada por el Dr. Dinko Cvitanovic en el marco del V Congreso Argentino de Hispanistas: *El hispanismo al final del milenio*, celebrado en Córdoba (República Argentina). Organizado por la Asociación Argentina de Hispanistas, 1998. Conferencia publicada en 1999, *Humanismo y globalización*, Volumen I de Actas, Comunicarte Editorial, Córdoba, pp. 21-29.

\* Cf. D. C. (1998): “De letras y globalización”, en *Palabra y Persona*, Año II, Nro. 3, pp. 29-34.